

### "La guardia blanca", de Bulgákov

Bulgákov pertenece a la gran generación de la revolución de octubre. Su actividad se desarrolla a la par —y en gran medida el ambiente se palpa en cada una de sus páginas— que la de los Mayokovski, Meyerhold, Sklovski, Eisenstein... Novelista, autor dramático, humorista, nació en Kiev en 1891 y murió en Moscú en 1940. Hizo tantos méritos en comunicar su visión entre satírica y piadosa de los tiempos que le habían tocado, que Stalin llegó a calificar su producción de "fenómeno antisoviético". En vista de lo cual, de poco le valieron intercesiones como la de Gorki. Sólo sería "rehabilitado" con la publicación en su país de "Novela teatral", en 1965.

En España es ante todo conocido por su novela "El maestro y Margarita", inmensa cachonada donde el diablo hace de las suyas entre bolcheviques; por su "Novela teatral", que describe las entretelas del teatro del Arte en la primera mitad de los años veinte; por alguna pieza publicada dispersamente, o por su cuento satírico "Corazón de perro", donde ofrece una curiosa simbiosis entre un can vagabundo y un proletario obtuso y "serio".

Pero su obra cumbre es "La guardia blanca" (1), novela que poco tiene que ver con los usos tolstolianos, patentes incluso en un Pasternak. Historia diáfana de las contradicciones de una familia burguesa, los Turbin, en los agitados días de la revolución y guerra civil en Kiev, reúne tanta riqueza literaria que la reseña es forzosamente pobre. La excelente traducción de Laín propone los clásicos matices bulgakovianos del diálogo disparatado y rápido, el impresionismo en las descripciones, el gusto por el cancionero popular, la ironía omnipresente, enternecida, ante sus personajes, que no le es indiferente pertenezcan a una u otra clase social: el "pecado" antistalinista de un escritor como Bulgákov es, ante todo, que escribe demasiado bien, inclasificablemente según los cánones burocráticos, y que en su visión de los estamentos que lucharon contra los bolcheviques introduce no sólo juicios políticos (bien ridiculizadores del anacronismo y prosopopeya

de la derecha, por otra parte), sino que también nos los presenta compuestos de seres humanos con grandezas y debilidades que para nada tienen por qué ocultar su procedencia burguesa, su identificación con ese mundo que los bolcheviques están tratando de derribar.

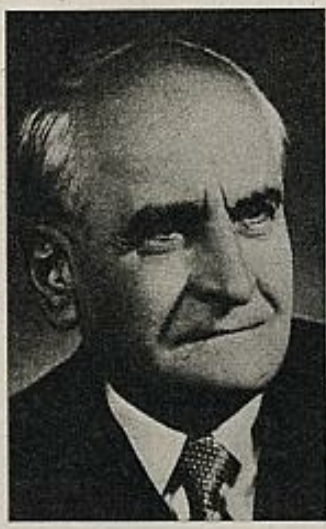
Y la presencia de la ciudad, Kiev. En pocas novelas se logra el protagonismo de la ciudad como en ésta. Inmersa en una vorágine de avances, retrocesos, repliegues, rumores, deseos, sobresaltos, uniformes de uno u otro color, desmanes y tradiciones, Kiev —sus habitantes— va y viene, eterna y frágil a la vez, zarandeada por unos tiempos demasiado grandiosos y terribles: se acuesta zarista, pero sabe que al despertar estará en otras manos (¿ucranianas?, ¿moscovitas?, ¿las del diablo?).

Seguramente hay mucho de autobiográfico en este libro de Bulgákov. El, sin hacer ostentación de ello, no lo niega. De arriba abajo, "La guardia blanca" es una novela escrita desde el mundo de la burguesía que cae: no lamenta, no justifica, no abomina de ese presente que es también el pasado y que ya —he ahí lo terrible, lo grandioso— no podrá ser el futuro. No hay moraleja en "La guardia blanca": como los auténticos novelistas, como todo ser humano que no trata de confundir asepsia con objetividad, Bulgákov presenta no un mundo de buenos y malos, sino que allí estamos nosotros, cualquiera que seamos, donde en el fondo siempre habíamos sabido que habíamos estado: en el Kiev prerrevolucionario, sangriento, transparente, efímero. ■ MIGUEL BAYON.

### El arte como hecho semiológico

El origen del círculo de Praga fue una invitación. "Un día, Vilém Mathesius quiso discutir algunas de sus tesis lingüísticas, y reunió para ello a algunos de sus amigos" (1). Entre los primeros en acudir había tres rusos, Jakobson, Trubetzkoy y Bogatyrev. Vinculados los tres al círculo de Moscú desde su fundación, Jakobson y Trubetzkoy habían sentado allí las bases de

(1) De una entrevista con Jan Mukarovsky realizada por Jean-Pierre Fayon en su revista "Change"; citado por Jordi Llovet en su prólogo al libro que aquí se comenta.



Jan Mukarovsky.

la nueva orientación estructuralista en lingüística. Con su llegada a Praga, ambos contribuirían también de modo decisivo a la elaboración de la doctrina fonológica que iba a dar fama a la escuela de Praga.

Pero Jakobson tenía algo más que aportar al círculo reunido a partir de 1925 en la capital checa: sus trabajos de poética, realizados en estrecho contacto con los formalistas del OPOIAZ (Sociedad para el Estudio del Lenguaje Poético). Como es sabido, esta escuela de crítica literaria, fundada en San Petersburgo en 1916, fue la primera en ocuparse, con el rigor metodológico de una disciplina científica, de la especificidad de la obra literaria, descuidando otros aspectos —psicológicos, sociológicos, etcétera— que hasta entonces habían interesado fundamentalmente a la crítica. Muy pronto, sin embargo, Jakobson y otro colega suyo llamado Tyñianov iban a superar la estrechez original de ese enfoque puramente immanentista para ocuparse (sobre todo Tyñianov) de la relación entre la historia literaria y de otras series "históricas": la evolución de unas series y otras estaba regida por leyes estructurales que era preciso conocer. Todo este bagaje estructuralista, tanto en lingüística como en poética y en etnografía (disciplina esta última cultivada por Bogatyrev), sería la gran aportación de los tres rusos del círculo de Moscú a sus colegas de Praga.

En el origen del círculo de Praga iban a pesar, sin embargo, otras influencias igualmente importantes. La capital checa tenía su propia tradición lingüística, que se remontaba al

umbral mismo del Renacimiento, y a la que habían dado nuevo vigor, en los años de finales y comienzos de siglo, los trabajos de Masaryk y Marty. A lo que había que añadir, en otro campo fundamental, el de la teoría del arte, las huellas profundas de las estéticas kantiana y hegeliana, así como de la nueva fenomenología de Husserl (sus "Logische Untersuchungen" habían visto la luz en 1900) (2) y la teoría psicológica de la Gestalt, que se incubó precisamente en Praga.

Es fundamental tener en cuenta esta compleja red de influencias para analizar los escritos estéticos del checo Jan Mukarovsky (1891-1974), miembro del círculo de Praga desde su misma fundación, confirmante de las famosas "Tesis" de 1929, posteriormente categrático de su especialidad en Bratislava y Praga y director del Instituto de Literatura checa de la Academia checoslovaca de Ciencias entre 1952 y 1961.

Siguiendo y profundizando en la dirección inaugurada por Jakobson y Tyñianov, el autor de estos "Escritos de estética y semiótica del arte", que acaban de traducirse al castellano en excelente edición crítica de Jordi Llovet (3), afirma ya desde sus primeros trabajos la imposibilidad de considerar el arte como una esfera cerrada a otros sistemas, como una estructura que evolucionase totalmente, al margen de otras estructuras.

En primer lugar, y del mismo modo en que Jakobson habla de la función poética como no exclusiva de la poesía, Mukarovsky señala que la función estética no es privativa del arte. Para él, todo objeto, toda acción, pueden ser portadores de esa función, que no es —como piensan algunos— una característica real de las cosas, algo fijo e inmutable que les es inherente, pero que tampoco está bajo el dominio exclusivo del individuo: la estabilización de la función estética depende, antes bien, de la colectividad de la que aquél forma parte.

Algo parecido ocurre, nos di-

(2) El propio Roman Jakobson reconocía su gran deuda para con esta obra de Husserl en una entrevista que nos concedió hace algunos años y que publicó "Cuadernos para el Diálogo".

(3) "Escritos de estética y semiótica del arte" (Comunicación visual). Gustavo Gili. Barcelona, 1977. Traducción del checo de Anna Anthony-Visová. El profesor Jordi Llovet, profesor de Estética y Teoría Literaria de la Universidad de Barcelona, ha realizado una excelente edición crítica de estos ensayos de Mukarovsky, que datan de entre 1932 y 1947.

(1) Destino. Colección Ancora y Delfin.

ce Mukarovsky, con la norma estética, hecho igualmente histórico, que debe estudiarse siempre en relación con el funcionamiento de las estructuras sociales en cuyo seno se origina como cristalización de la conciencia colectiva. Por otro lado, el destino de la norma estética consiste en ser violada. Y es de la tensión entre la norma pasada y su violación, que pasará a formar parte de una norma futura, de donde surge precisamente el elemento creador del verdadero arte.

Existe, no obstante, un tercer elemento analizado por el autor, el valor estético, que determina lo que Mukarovsky tiene por objetivo fundamental del arte: regir y renovar la relación entre el hombre y la realidad en tanto que objeto del comportamiento humano. Considerada, en efecto, la obra artística como un conjunto real de valores extraestéticos (sociales, psicológicos, morales, etcétera), el valor estético es el que les da coherencia: el que arranca a los distintos valores particulares de su contacto directo con los correspondientes valores vitales y los integra en una unidad dinámica superior y autónoma —la obra de arte— que posibilita esa nueva relación, a que se aludía antes, entre el hombre y el mundo.

El valor estético, potencial y variable, insufla vida a lo que no es en principio sino un mero artefacto material y lo convierte en "objeto artístico", es decir, en un vehículo portador de significación y comunicación estéticas, en un signo. La obra de arte considerada como signo es el pivote en torno al cual gira la estética de Jan Mukarovsky. ■ JOAQUIN RABAGO.

## Proyectando el futuro

En la actualidad, cuando la capacidad técnica de la Humanidad ha cobrado un valor inesperado, los sueños y las utopías se convierten en un archivo de proyectos para su consideración futura y su realización.

La utopía se puede considerar de una doble manera. Puede ser un modo de evadir la realidad, de no buscar las soluciones en el propio contexto de la realidad socio-histórica para justificarse mediante una construcción intelectual. En este sentido, la utopía tiene una carga negativa, pues pone las esperanzas en algo sin relación con la vigencia de los hechos, y en cierto modo evita o desvía los



Alexander Mitscherlich.

esfuerzos para la transformación de la sociedad.

Pero la utopía también puede ser concebida como el instrumento que nos mueve a alcanzar algo diferente de lo imperante, cuyas características nos disgustan. Es, por tanto, una meta a conseguir y alcanzar. Es también un revulsivo del orden tradicional y una manera de impulsar la evolución: "Hagamos la utopía", era uno de los "slogans" más frecuentes y más famosos de los revoltosos de mayo del 68.

En realidad, ambas teorías pueden ser igualmente ciertas como inexactas. Todo depende de las circunstancias del proyecto histórico, sus autores, o del momento histórico. También puede ser que contenga dosis de una y otra. De cualquier forma, y sin que con ello me quiera adscribir de un modo rígido a una de ellas, resulta evidente que la época actual, dominada por los constantes cambios, la proyección hacia el futuro, y gran bagaje de conocimientos técnicos, son elementos que actúan para hacer factible la realización de modelos originales, modelos que en otro momento podrían ser calificados de utopías. Por otro lado, cuando la cruel realidad impone transformarse o el holocausto, aquí (como ha sucedido en la evolución de la sociedad) la necesidad y el instinto de conservación son quienes mandan, y por tanto exigen nuevas formas superadoras de una situación cuya inviabilidad demuestran los hechos. Formas que el hombre, los hombres, la Humanidad, es capaz de lograr.

A algunas gentes lo apremiante de su situación les impide llegar a hacerse planteamientos de futuro. Su problema más inmediato es el presente, y si éste no ofrece posibilidades

de solución o cambio, se acepta el ideario revolucionario principalmente en la fase negativa o destructiva de que habla Lenin. Para una buena parte de la Humanidad son tan pavorosas sus condiciones de vida y trabajo, cercanas al dolor y a la muerte, que la tragedia de la guerra revolucionaria queda minimizada. Lo ignorado puede ser malo, pero instintivamente estiman que no puede ser peor que su doliente realidad.

Sin embargo, es cualitativa y cuantitativamente diferente la situación de las islas de la opulencia, en las que si existen la satisfacción material y tranquilidad psicológica de pensar en la construcción de nuevos modelos, o utopías realizables, o razonables, como designa Ramón Tamames el proyecto de una búsqueda de una nueva sociedad esbozada por René Dumont. Utopías, porque en cierto modo no se parecen nada a lo que encontramos en nuestro contorno, y realizables porque por difíciles o prodigiosas que puedan parecer, se cuenta con elementos técnicos y humanos para llevarlas a cabo. La televisión, la aviación, o la vigente civilización urbana, o el mismo nivel de consumo de la sociedad industrial, era una pura utopía hace unos dos siglos.

Esta perspectiva es enfocada desde ángulos diferentes por dos autores bien diversos. Dos personas pertenecientes a campos profesionales distintos: historiador uno, y preocupado por la sociedad tradicional, y el otro, psitoterapeuta renombrado e interesado por los problemas de la industrialización y el urbanismo. Ambos —Gilberto Freyre y Alexander Mitscherlich— parten de presupuestos ideológicos que, si no son contradictorios, sí son diferentes. También las dos producciones a las que me refiero (1) poseen características de estructura no comparables. "Más allá de lo moderno", el libro de Freyre, es un trabajo con carácter unitario, mientras que "Tesis sobre la ciudad del futuro", el de Mitscherlich, es un conjunto desigual de artículos y conferencias agrupados comercialmente bajo ese título. Sin embargo, en los dos subyace la misma inquietud: los problemas de nuestro tiempo, y el mismo deseo de una sociedad futura superadora de los inconvenientes de la presente, ¡que ya es decir!

Esta coincidencia en personas y obras tan diferentes es indicativa de que se está formando un estado de conciencia

(1) Alexander Mitscherlich: "Tesis sobre la ciudad del futuro". Alianza Universitaria. Madrid, 1977. 126 páginas. Gilberto Freyre: "Más allá de lo moderno". Editorial Espasa-Calpe. Madrid, 1977. 346 páginas.

a nivel planetario con esa inquietud y esos mismos deseos. ¿Es quizá fruto de una necesidad que se perfila cada vez como más apremiante, y de la que participa una buena parte de la sociedad? ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

## Curas secularizados

Con pocos días de diferencia han salido a la luz dos libros sobre este mismo tema (1).

Los dos son complementarios y dignos de leer, porque aportan el primer testimonio claro de los problemas que tienen en España los sacerdotes que se secularizaron; y están escritos fundamentalmente por ellos mismos.

En la obra de Angel de Castro y Margarita Serrano se aportan primero los testimonios personales, unos con nombre y apellido, y otros con iniciales nada más. Hay todavía —según se aprecia por este detalle último— el temor a presentar desnudamente —resulta un pudor explicable— este problema íntimo que la gente desconoce demasiado.

Los casos son muy distintos: hay quienes se desaniman ante el inmovilismo y rutina de su Iglesia; hay a quien se le descubre un mundo nuevo (marxismo, relación afectiva, maduración psicológica) que cuestiona la actual situación del sacerdote católico en la Iglesia de España; y así no se encuentran en condiciones de seguir colaborando con el "status" eclesiástico del país.

Hay interesantes confesiones, como la de Santiago Sánchez Torrado, que dice textualmente: "Si la Iglesia hubiera permitido el matrimonio a los sacerdotes, seguiría siendo sacerdote con toda convicción e ilusión como hasta ahora".

Es ésta también la línea que siguen algunos obispos católicos respecto a sus sacerdotes en crisis, y que Roma se niega por ahora a aceptar. Pero yo creo que en breve no tendrá el Vaticano más remedio que dar su visto bueno. La situación resulta especialmente aguda en América Latina donde algunos sacerdotes que siguen ejerciendo el sacerdocio se han casado civilmente, y su obispo ha aceptado esta situación, que es ilegal eclesiásticamente, pero que es bien vista por los propios feligreses, ya que les parece en tales países la solución provisio-

(1) A. de Castro y M. Serrano, "La gran desbandada". Editorial Edicuss, 1977. grupo EKIPU. "Los curas casados se confiesan". Editorial Sedmay, 1977.